

## **Memorias del Zorrilla**

Cuatro estudiantes y profesores tiran del hilo del recuerdo para reconstruir parte de la historia cotidiana del centro educativo

*H. MADICO*

Los amantes de las cifras perjuran que al abrigo de sus dictados se convirtieron en adultos más de 100.000 vallisoletanos. Una cifra que habrá que confirmar o desmentir antes de que el calendario descubra a propios y ajenos que el viejo edificio de ladrillo rojizo es centenario, que la institución habitó la parte posterior del Colegio de Santa Cruz. O quizá no, porque si de algo sirven las fechas redondas y los boatos públicos es para rescatar del olvido colectivo los relatos en primer persona de quienes cincelaron como símbolo el instituto Zorrilla.

Los amantes de las historias menos remotas cuentan sobre los días en los que la enseñanza no era mixta, en los que la madera de las bancas ya desaparecidas hizo las veces de botella para trasladar mensajes a alguna chica del vespertino Núñez de Arce (de prestado por falta de sede tras la Guerra Civil). Días en los que cada materia tenía asignada un aula y un profesor como (un nombre al azar en un claustro interminable) Teodora de la Villa. «Cuando llegué en 1947 sólo había un grupo para cada curso. Eso sí, con 50 alumnos porque era el único público en Valladolid», y enumera los centros católicos de la época como el San José o La Salle. «Generalmente, quien venía aquí era de clase media o media-baja, excepto algún niño rico al que suspendían en el Lourdes», apunta a la conversación uno de sus pupilos en la década de los 60, José Largo. Los hijos de catedráticos y profesionales liberales completaban el abanico de escolares de un centro donde primaban «otros valores distintos a los actuales», remata Ignacio González, con quien el destino jugó a la ironía tras el 70. «Sabíamos que era la hora cuando se oían las cornetas e izaban las banderas en Capitanía. Algún aire me daría», sonríe el capitán, mientras pasea pasillos y se pregunta si la gran puerta de madera de la entrada es la original.

«Entonces no estudiaba todo el mundo. Llegar hasta aquí significaba que haber pasado por una selección y éste era un instituto más que aceptable en el que predominaba la idea de las ventajas de la coeducación hasta en la clase de Religión», advierte De la Villa, que también por caprichosas coincidencias ejerció su vocación donde la había descubierto de las manos maestras de otros entre 1938 y 1940. «Los profesores que yo recuerdo mostraban la misma preocupación que ahora, aunque quizá no hubiera tanta familiaridad con el alumno», añade. Algo que en su momento pudo comprobar el hoy abogado José Largo, miembro de una familia numerosa que confió al inmueble vecino de la iglesia de San Pablo a todos sus vástagos.

«Te trataban de usted y por el apellido y te educaban en la disciplina del trabajo», introduce quien encaminara previamente sus pasos hacia el universo de la Química y ejerciera en la Facultad de Ciencias de la UVa, donde jura que durante años le fue fácil adivinar entre los novatos a los chicos del Zorrilla. «Los que fuimos a hacer el selectivo notamos una enorme ventaja sobre el resto, aunque llegaran con matrícula», añade.

Y entre las razones para tanta alabanza, el empeño personal. «El que estudiaba Bachillerato era una boca más que comer que no aportaba dinero a la casa. Yo venía corriendo desde La Rubia para ahorrarme el dinero del autobús», recuerda Carlos Roncero, recién jubilado como profesor del instituto al que otros se trasladaban en

bicicleta desde Simancas «nevara o lloviera» y cuyas minutos de recreo eran para jugar al fútbol en la calle León o «a las canicas debajo del ciprés del patio». En el que todos evocarán en 2007 las subidas por las escalinatas de mármol, los experimentos del profesor Martín Santos, «el número pi con todas las cifras sobre esa pizarra de ahí» (y señalan), los apodos, los libros de segundo mano que compraban en la casa de empeño de Montero Calvo, la beca que sufragaba una matrícula de 4.000 pesetas y que les obligaba a «sacar una media de notable», la primera piscina climatizada de la ciudad... Y, por supuesto, el principio de todo: □ los exámenes de ingreso. «Imagínate, con 10 años y un tribunal con tres catedráticos que te trataban de usted», cuenta Roncero, casado con otra profesora de la institución a homenajear. «Los exámenes de reválida de toda la provincia también se hacían aquí, en los pasillos. No cabía nadie», matiza González, dispuesto a seguir completando en silencio este rompecabezas de la cotidianidad.